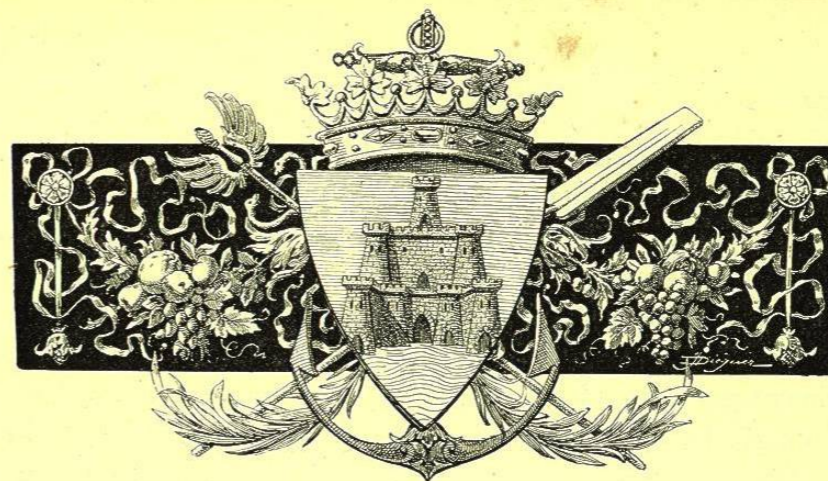


Musuptá donde en el siglo XIV se decía misa todos los viernes para los moradores del arábigo caserío, aquella edificada en 1761 con elegante estilo y dedicada á su santo rey por los franceses alrededor avecindados durante su corto dominio.



CAPÍTULO IV

Topografía de Ibiza; naturaleza, producciones y cultivo; viviendas, traje y costumbres de sus habitantes. Historia antigua: dominación púnica y romana; inscripciones. Vándalos y Sarracenos; expedición de los Pisanos; conquista definitiva por Guillermo de Montgrí. División del territorio en cuarterones, régimen municipal. Acontecimientos locales, é influencia de los generales sobre la isla bajo la monarquía de Aragón y la de España.

GRUPO diverso de las Baleares, pues eran designadas con distinto nombre, formaron en remotos tiempos las Pitiusas, que les llevan la vanguardia como en dirección á la salida del Mediterráneo. Emparejadas van lo mismo que las otras, aunque con Ibiza se conceptúa inglobada Formentera por su pequeñez y por la breve distancia interpuesta; igual casi es la que enfrente de Denia las separa de la península, que de Mallorca. Ibiza, tendida de sudoeste á nordeste en el mismo rumbo que parecen seguir las islas si en marcha se pusieran, menos prolongada que Menorca y más próxima á la figura circular aunque de óvalo bien marcado, la aventaja lejos de cederle en extensión y perímetro, incluyendo aparte de su aneja los islotes que la rodean: su longitud de norte á sur coge cinco leguas, tres y media su anchura de poniente á levante; sus peñascosas orillas, cortadas á pico por el declive y aun á menudo por el

vértice de las alturas, miden más de noventa millas de bojeo, no ofreciendo, á vuelta de calas de escaso abrigo, si no el puerto de la capital al sudeste, y al opuesto lado el de Portmany ó San Antonio, además de los dos inferiores de Balanzat y de Portinaix. Al sur y á tres millas de la mayor Pitiusa cae la menor, imitando el perfil de una silla de caballo, eslabonada á la primera por una cadena de escollos, cuyos pasos ó freos, desde la antigüedad conocidos con el nombre de *Puertas*, alumbran dos faros en nuestros días; pero su territorio apenas llega á un séptimo del de la principal, ni á una vigésima parte su vecindario; y mejor que el nombre especial de Ophiusa ó Colubraria, que en concepto de algunos se le aplicaba por su fecundidad de serpientes en contraposición con la metrópoli Ebuso que no las conocía (a), distínguela ya desde la época romana el de Formentera por la abundancia de trigo cosechado en sus llanuras.

Pitiusas las llamaron los griegos colonizadores al descubrirlas hace dos mil quinientos años, vestidas de pinar como hoy todavía gran parte de las cimas y vertientes de sus cerros. No atraviesan á Ibiza sierras imponentes como á Mallorca: doble cordillera de montañas se dilata por el interior de un extremo á otro de su mayor diámetro, elevándose las que más de doscientos á cuatrocientos metros; pero arcillosas ó calizas por lo general, no presentan colosales y agudas rocas, vertiginosos precipicios, ariscos desfiladeros, sino ramales cubiertos de arboleda, de encina rara vez y nunca formando bosque, de pinos casi siempre, entre cuya espesura descuella la plana y verdinegra copa de los fructíferos; escalonados en los bancales de las

(a) Plinio habla de la isla Colubraria, pero no la reduce á Formentera, antes afirma que la Pitiusa menor estaba poblada, mientras de la Colubraria dice Estrabón que permanecía desierta. Contra la opinión de Marca, Zurita, Dameto y otros que confunden á Formentera con la antigua Ophiusa, están Florián de Ocampo, Mariana, Miedes, Eseolano y el P. Cayetano de Mallorca, que aplican la referencia á Moncolobrer, isleta ó promontorio contiguo á Peñíscola, consultando más á la etimología que á la situación de la isla de las serpientes, colocada por Plinio en frente de la boca del Júcar.

faldas crecen bien que con rutinario descuido los olivos y los algarrobos, en los reducidos valles las higueras ya en tiempo de Plinio nombradas por su fruto, y á trechos en las mejores tierras los almendros de reciente aclimatación. Dominan sobre los demás arbustos en la marítima zona las vivaces sabinas, y con las emanaciones salitrosas mezcla sus perfumes el romero; los pastos ocupan una buena extensión del suelo, sustentando copioso ganado de menuda talla (a), y para el cultivo quedan apenas dos quintas partes, que hace menos productivas el atraso de la agricultura. No han cambiado gran cosa desde los primitivos los aperos de labranza; escasean de abono los campos, y divididos como los de Menorca en cercados para emplear en su fábrica las piedras de que abundan, descansan un año baldíos no produciendo más que alternadas cosechas. Resiéntese el clima, aunque templado por las brisas en sus ardores, de las tenaces sequías del país africano: pasajeros torrentes, improvisados por días ó por horas con el ímpetu ó continuidad de las lluvias, surcan el árido territorio en vez de benéficos arroyos sostenidos por perennes manantiales, á excepción del llamado río que desagua junto á Santa Eulalia. Las fuentes son raras, y para proveer de aguas la isla taladróse de infinitos pozos la superficie desde edad remota, cual figuran á centenares con su indicación peculiar ó con el apellido de sus dueños en el mapa trazado á promedios de la postrer centuria (b), sustituyendo los nombres de fincas, que son allí contados y de origen arábigo en su mayor parte: en los terrenos bajos abundan hasta doscientas las norias, que no rechazarían por propias los pobladores sarracenos.

No aguardéis pues de aquella naturaleza meridional, por

(a) Dijo ya Festo Avieno en el siglo iv:

Ac dilecta vago pecori consurgit Ebusus.

(b) Levantólo en 1765 el ingeniero D. José García Martínez, y lo publicó reducido en 1778 el geógrafo D. Tomás López. Además de los pozos apúntanse las fuentes en considerable memoria, y se marcan las alturas y el curso de los torrentes.

cuyas venas no circula la vigorosa y fresca savia de las rocas vivas, vegetación pomposa y exuberante, ni pingües regadíos, ni contrastes grandiosos de hondos valles y enhiestas cumbres, sino meramente el lindo aunque poco variado paisaje que sin cesar desenvuelve el accidentado interior, casi nunca desnudo pero rara vez cubierto de densa sombra, salpicado por el disperso caserío de los habitantes no reunidos en importantes villas ni apenas en grupos al rededor de sus iglesias. Las viviendas de los labradores, clase única de la población rural, pequeñas, bajas, toscas comunmente, no se distinguen por vistosa apariencia ni por cómoda distribución; pocas á su planta baja, á la cual para luz y ventilación bastan una ó dos ventanas, añaden un segundo piso con aberturas algo menos estrechas resguardadas por listones de madera: al tejado suple por lo general como en las moradas bíblicas un techo plano de ligero declive á modo de azotea, donde se secan los frutos y legumbres. Precede á las principales un soportal sostenido por dos arcos ó una pilastra en el centro, á las ordinarias un cobertizo de ramas de pino apoyado en puntales de la misma leña, al cual flanquean otros dos, una para establo y el opuesto para horno y aun á veces para molino de sangre. Enciérralas un corral más ó menos extenso rodeado de pared seca, dentro del cual serpea erizado de púas é inclinado con el peso de sus higos chumbos un laberinto de nopales, y se mece con blando susurro el cañaveral, y se esmaltan de rojos botones los granados, y descuella á veces la flexible palmera, formando al rededor del albergue un oasis de verdor; allí se cultiva en abundancia exquisita variedad de legumbres, allí despliega el maíz sus doradas mazorcas, y dilatan su tupida copa las higueras, y hasta el olivo, libre y suelto por los campos habitualmente, se pliega una vez que otra al calor del hogar doméstico. Huertas hay de mayor amenidad llamadas *Feixas*, particularmente en el llano de la capital, donde nada pródigos y por vía de muestra dispensan su raro tesoro los demás frutales, donde aun naranjos y limoneros no se

niegan por completo á exhibir su azahar balsámico y sus manzanas de oro, donde en torno trepan las lozanas vides á extenderse sobre umbrío emparrado ó á enlazarse con el desnudo tronco de viejos árboles, dejando como en perspectiva entrever un singular beneficio, si dobladas como de pocos años acá las plantaciones del viñedo, renaciera para Ibiza la antigua celebridad de sus vinos, de que no há cien años todavía quedaba recuerdo.

Del tipo especial de las mansiones labriegas no se apartan las de fuera de la ciudad, con muy cortas diferencias de solidez ó desahogo: igual sobre poco más ó menos lo mismo que la condición social, aparte de la importancia de la respectiva propiedad y caudales, es el modo de vivir y las costumbres de los vecinos. En el país no se conocen los grandes predios, ni las suntuosas quintas, ni las campestres temporadas de la familia del hacendado en cohabitación con la del colono; fraccionado en menudas fincas el terreno, hasta el punto de no comprender una con otra más de siete hectáreas (a), y dadas en aparcería más á menudo que en arriendo, no necesitan para su cultivo vastas dependencias ni servicio numeroso. Los que poseen, heredado ó adquirido, un pequeño terrón, lo fecundan y acrecen con diligente trabajo y economía: la ambición rara vez sube más allá del natural alcance de la mano, y por mucho que prospere la fortuna, no cambia el domicilio y traje y posición de los favorecidos. Una misma estancia, la primera al trasponer el cuadrangular umbral de la puerta, sirve de reunión á los propios y de recibimiento á los extraños: toscos bancos y mesas y sillas bajas de palmito componen el ajuar con los instrumentos agrícolas y los utensilios de caza y pesca que cuelgan de las paredes, ennegrecidas al par del techo por el humo de la cocina interior que rebosa del hogar rodeado de poyos; la ordinaria loza,

(a) Tal es el producto de las 62000 hectáreas que contiene Ibiza, divididas por las 7000 fincas de que consta, cuya extensión aumenta gradualmente por distrito, á empezar por las de la capital hasta acabar por las de Formentera, que salen á veinte y una hectárea.

los cántaros de barro que surten los vasares, el cañizo del pan amasado de trigo por singular regalo y las más veces mezclado de cebada cuando no consta de ella exclusivamente, dicen cual sea la vajilla y los manjares diarios de que se alimenta aquella sobria gente, cuyo puchero de legumbres, verduras ó patatas, condimentado á lo más con tocino, acompañan simplemente según la estación aceitunas ó higos frescos ó pasos, excepto en los domingos en que se prueba el vino y la carne, ó se celebran con esplendidez las fiestas de la iglesia y de la familia. Á las comidas suministra variedad con sabroso pescado la contigua costa. Con las ropas, con los muebles, con los usos tradicionales se conforma todo el mundo: ¿qué importa que sea más pintoresco que cómodo y elegante el calzón de lienzo blanco ó estameña negra ceñido con la faja, y la corta chaqueta y chaleco con botonadura colgante de metal, y el tieso cuello de la camisa, y el capote de paño burdo con mangas y capucha, no bien combinados con las groseras alpargatas ni con el encarnado gorro de lana de vueltas negras? ¿Que las mujeres, cubiertas modestamente con pañuelo blanco ó con mantellina de grana la cabeza, prefieran en su plegada estrecha saya, en su largo delantal, en su ajustado jubón adoptar los colores oscuros, limitándose á realzar las mangas con botones y el cuello con cruces y medallas y cadenas de gran precio en que cifran su lujo? Sean cuales fueren, cabe vestir con gentileza y gracia dichos trajes, y felicitase el viajero de verlos conservados con su típico carácter en la iglesia y en la plaza, en los bailes públicos y en las veladas caseras, imprimiendo en los distintos sexos, edades y estados el sello que mejor les cuadra, y haciendo más ágiles á los mozos y más recatadas á las doncellas y más respetable á la ancianidad. Bajo estas formas idealizadas, á prueba casi de la voluble moda, vienen amando, galanteando, enlazándose las generaciones sucesivas, legando á la prole iguales telas y hechura, como si con los miembros fueran creciendo los vestidos.

Hay mucho de primitivo en las costumbres y diversiones de los ibicencos, en las cadencias de su danza que así se improvisa en los campos al aire libre y á la sombra como á la luz de la luna ó del candil en *hiladas* y *chacotas*, en el acompañamiento del flautín y del tamboril tan imprescindible para el canto como para el baile las castañuelas, en los prolijos romances de cosecha propia que recitan ó cantan los cancioneros del país alternando con los de antiguo repertorio (a), en la fraternidad con que toman parte los convecinos á la redonda en bodas, bautizos y entierros, en el turno de admisión de los galanes al cortejo, origen de celos, de rencores, de mortales duelos ó asechanzas entre la ardiente y mal sufrida juventud. Bravía sangre circula por las venas de la raza, y la baja estatura, los enjutos miembros, el trigüeño color, los pequeños y negros ojos revelan morisca procedencia. Aumentan el peligro de los odios y venganzas y tientan á la violencia y al delito el uso de la navaja que asoma á la cintura y sobre todo el de las armas de fuego, sin cuyo disparo á granel no se concibe reunión ni festejo, ni más grato obsequio presentable á los pies de la belleza, serena é impasible en medio del súbito estallido. Común les era á los habitantes esta loca afición con los de ambas Baleares desde el siglo xvi, al paso que frecuente la ocasión de ejercitarse en ellas, así contra los moros que acechaban de continuo la costa, como para la personal defensa en épocas de inextinguibles banderías. En Ibiza la mantienen con otros muchos restos de barbarie el aislamiento del caserío y los inconvenientes de la soledad, opuestos á todo adelanto moral ó tangible y á la cultura de las almas igualmente que á la de las tierras; pero si atendiendo meramente á reprimir la criminalidad con el imperio de

(a) Cómo vive y se conserva en Ibiza con preferencia la poesía popular, dícelo el gran minero de versiones allí recogidas por mi insigne amigo D. Mariano Aguiló para su colección incomparable. Del estilo y lenguaje de los modernos *cançoners*, más afín al valenciano que al de los *glosadors* de Mallorca, nos ofrece curiosas muestras en su magnífica obra el archiduque Luis Salvador.

la ley y con la fuerza protectora del orden, hubieran de perderse al paso de la primordial rudeza la sencillez, la hospitalidad, la honrada moderación y templanza de deseos y demás virtudes nacidas de la fe cristiana, que aun sin darse cuenta de su eficacia equilibran y corrigen el fermento de la innata fiereza de carácter, doblada entonces la malicia y burlados y corrompidos los efímeros expedientes humanos, echaríamos allí de menos en plena ilustración los excesos del salvajismo.

Ibiza, cuya población por lo que puede vislumbrarse al través de rudimentarias estadísticas viene de siglos atrás creciendo en proporción de un centésimo con la de Mallorca, ha subido de doce á veinticuatro mil desde 1751; su vecindario se condensa, progresa la instrucción elemental y hasta la segunda enseñanza, los ordinarios cultivos mejoran y se ensayan ó resucitan otros, facilitanse las comunicaciones, pugnan por salir de su letargo la navegación y el comercio, multiplícanse con las atenciones municipales las partidas del presupuesto: pero no se borrarán tan pronto las diferencias que en la fisonomía de la menor y de la más pobre y de la más rezagada de las tres hermanas componentes de la provincia imprimen sus desventajas respecto de las otras dos. Diríase que vive tres centurias atrás, y que lo breve de su historia, escasa de vicisitudes como sus hábitos de novedades, la aproxima á los antiguos tiempos; casi se cree discernir las huellas de los primeros pobladores y poder por ellas averiguar quiénes y de dónde vinieron. No es precisamente la diversidad de nombre dado desde un principio al grupo de las Pitiusas la que hace sospechar si hubo también discrepancia de raza con el de las Baleares, que para ello explicación cabría de menos monta, sino la ausencia de dos rasgos por decirlo así constitutivos de los habitantes de estas, á saber: los monumentos *megalíticos* que en ambas islas abundan y de los cuales ni la tercera ni su dependiente guardan vestigios, y la destreza privativamente *balearica* en el manejo de la honda, cuyas glorias no trascienden á los cercanos insulares.

Sin embargo, y á pesar de la griega etimología del vocablo *Pitiusa*, no es mi propósito inferir de aquí que la poblaran colonias puramente Griegas ó Fenicias, en contraposición con Mallorca y Menorca, cuyas antigüedades con su epíteto de Célticas parecen argüir su irrefragable origen. Más fácil sería contar las tempestades que en un período dado batieron sus costas, que los desembarcos é incursiones de pueblos que, cruzándose en opuestas corrientes desde los últimos confines del Mediterráneo, confluirían á la enconadiza tierra y de ella se posesionaran. Es tal la confusión de tiempos y lugares á que dan pie los breves y vagos textos de antiguos historiadores y geógrafos aumentada por comentaristas y expositores, que es imposible fijar sucesión y establecer épocas y hechos en las evoluciones de aquel caos: Fenicios y Egipcios, Rodios ó Griegos, en avenencia ó en lucha con los Celtas ó con otros indígenas preexistentes, todo lo más á que se prestan es á desfilarse fantásticamente á la incierta luz de un prolongado crepúsculo (a). Para esto ya los poetas del Imperio dedicaron á Ebuso más épica mención de la que pudieran hoy aventurar sus más entusiastas hijos: su fenicio abolengo ensalza Silio Itálico; triunfadora la proclama Marco Manilio (b). Asegúrase que con este nombre de origen púnico fundaron la ciudad los cartagineses, después que rechazados de las grandes islas contiguas á Italia, lograron apoderarse de aquella agreste

(a) Refiérome, por no repetirme, á lo dicho respecto de Menorca pág. 1184 y 86. El que se prometa conseguir más, estudie la *Resumpta histórica* del P. Cayetano de Mallorca.

(b) De Silio Itálico, que florecía en tiempo de Nerón, y de su poema sobre las guerras Púnicas, es el hemistiquio

Jamque Ebusus Phænissa movet...

y á otro de asunto astronómico, que imperando Tiberio escribió Manilio, pertenecen los siguientes versos:

Littora Sardiniae, primumque intrantis in orbem
Oceani victricem Ebusum, et Balearica regna.

¿Vencedora de quién? parece que del Occéano, es decir del mar genéricamente, por la destreza de los marinos de la isla.

avanzada, acaso poco menos que inculta (a). Coetánea bajo gloriosos auspicios su fundación de la de Roma, si mal no conjetura la cronología, permaneció por tiempo más ó menos largo conquista única de la potencia africana, hasta que tras de esfuerzos repetidos fué domada la briosa resistencia de las dos Baleares. Hermanáronse entonces los destinos de una y otras bajo la común servidumbre; pero de la Pitiusa no se hace tanta memoria por más sujeta ó por menos importante. Su puerto servía de escala para el estrecho de Hércules á las flotas de sus dueños; sin embargo, en las expediciones á Sicilia, en la prodigiosa marcha de Aníbal al través de los Alpes sobre la consternada Roma, ni una vez aparecen los naturales mezclados con los honderos baleares, parte tan principal de las hazañas y victorias del gran caudillo. No dejaron recuerdos al país, como al de Menorca, los gobernadores extranjeros; si algo suena como á púnico es el tajado islote de Tagomago.

Fiel se mantuvo á sus fundadores Ibiza al empezar la fortuna á volverles la espalda: por lo menos la guarnición se defendió bravamente dos días contra las naves de Cneo Escipión, que se vengaron de su impotente ataque saqueando campos y cortijos y llevándose copioso botín de víveres y esclavos. Años después todavía acogió la ciudad por última vez á la escuadra cartaginesa, al retirarse Magón de Cádiz para acudir al peligro de su patria, quebrantado ya para reducir por fuerza á Mallorca, pero en Menorca diestro aún para sacar de allá refuerzos en auxilio

(a) Dásele á la palabra el significado de *estéril*; el obispo gerundense (Margarit) en su *Paralipómenon* la deriva de *ebur* (marfil) por la blancura de sus salinas, y pretende con referencia á Dionisio Alejandrino que la isla trocó por este nombre el de Lauso que le habían dado los Fenicios. Colonia de los Cartagineses apelada á Ebuso Diodoro de Sicilia, expresando que en ella se establecieron á los 160 años de echados los cimientos de su metrópoli, y que en medio de la promiscuidad de gentes bárbaras que en aquella actualidad la habitaban, la mayor parte procedía de Cartago. Habla de sus memorables puertos, de las amplias construcciones de sus muros y de su numeroso y espléndido caserío (Lib. V, §. 16). Mucho debía de haber progresado en tiempo del autor, medio siglo antes de la era cristiana.

de Cartago. Al fin debieron las Pitiusas cambiar de señor, por más que no conste cuándo y cómo las sometieron los Romanos, ni que llevase allá Quinto Cecilio Metelo el *Baledrico* las armas con que se preció de haber subyugado á los mallorquines poniendo término á sus piraterías. Halláronse envueltas desde muy temprano en las discordias civiles de sus propios dominadores, en los movimientos que, partidos de la capital del mundo, acabaron por privarla de la libertad de que había despojado sucesivamente á los restantes pueblos. Busca asilo en España Sertorio contra sus pujantes enemigos, como si tratara de aclimatar allí la legítima república; y con ayuda de unos corsarios de África, intenta hacerse fuerte en Ibiza, donde no le fué posible sostenerse. No medio siglo después, Cneo Pompeyo el hijo, pasando también desde África á la península declarada á favor de César, apodérase de aquel aislado reducto, que le sirvió como de puente para entrar en España, luego de convalecido de la dolencia que allí contrajo. Dábanle estima superior á su intrínseca importancia las ventajas de su céntrica posición en el crucero marítimo y la fácil ocupación á que brindaba.

Tal florecía Ebuso en los tiempos inmediatos á Cristo, con su *memorable* puerto y sus *amplios* muros y su multitud de casas *espléndidamente fabricadas*, cual nos la acaba de describir Diodoro, con su título de *ciudad federada* que menciona Plinio, de la cual formaba arrabal en cierto modo la menor Pitiusa, separada por un brazo de mar, pero comprendida bajo un mismo nombre. «No faltaban allí, dice Hübner, restos de la vida romana:» cita á cada paso la clásica antigüedad cualidades, circunstancias, producciones de la tierra, como si compitiese en ser conocida con los ponderados sitios de Grecia é Italia; y si no llegó á obtener monumentos de primer orden, dos notables estatuas sin cabeza ni brazos, colocadas dignamente á los lados de la severa entrada coetánea de Felipe II, y otra vestida de toga en un ángulo del muro, comunican á la población una respetabilidad arqueológica cual no goza ninguna otra de la pro-

vincia. Acompañanlas inscripciones (a); y con la de L. Oculatio Recto, que con su mujer Geminia Restituta y su hijo Lucio consagró á Juno una de las efigies, se enlaza otra dedicada por dicho hijo al padre, de la cual se desprende que era éste edil y duumviro y quirite al par que sacerdote (b). Memoria de un acueducto se consigna en cierta lápida, llevada ya en el siglo XVI á Perpiñán donde aún se conserva, trazando la genealogía de los Cornelios que trajeron á expensas suyas el agua al municipio Flavio Ebusitano (c); á uno de los cuales, Cornelio Servino, se refería otra piedra hoy perdida, como ejecutor de un testamento que legaba á la república de Ebuso noventa mil *nummos* destinados á pagar á los romanos el anual tributo, y para aliviar de esta carga á los ciudadanos en años calamitosos, mandaba dar á préstamo un capital de seis mil, cuyo rédito se invirtiese cada año en la celebración de juegos ó fiestas con vasos de luces por su natalicio (d). De menor interés son las sepulcra-

(a) Al pie de la estatua de mujer en traje de sacerdotisa, léese supliendo con Hübner letras y aun sílabas borradas: *Junoni vel. reginæ L. Oculatius Quir. Rectus et Geminia C. f. Restituta uxor et L. Oculatius Rectus f. cum suis d. s. p. f.*—Bajo la del varón, senador ó guerrero, á la derecha de la puerta: *C. Julio C. f. Gal. Tironi Gætulico quæst. urb. tr. pl. prætori amico optimo L. Sempronius L. f. quir. Senecio.*

(b) Hallóse esta en 1834 fuera de la ciudad, donde permanece camino del cementerio, esculpida en la cara de una gran piedra rectangular; dice así: *L. Oculatio L. f. quir. Recto aedil. II vir. flamini L. Oculatius L. f. quir. Rectus f. patri indulgentissimo posuit.*

(c) He aquí su contenido: *L. Cornelius Longus et M. Cornelius Avitus f. et L. Cornelius Longus et C. Cornelius Servinus et M. Cornelius Avitus et P. Cornelius Cornelianus nep. ex L. et M. f. (nepotes ex Lucio et Marco filiis) aquam in municipium Flavium Ebusum s. p. p. (sua pecunia perduxerunt).* Las interpretaciones son de Hübner.

(d) Tráela Hübner en la siguiente forma: *P. X. et C. Cornelius Servinus H. et Curatores operis ejus p (atris) Hic R. P. Ebusii XC milia numerum legavit ut ex eis quodannis tributum Romanis penderetur et ne cives iniquo tempore tributa pendere cogereantur reliqua VI milia fenerarentur et ex usuris ludi ederentur quodannis cum vas. lum. nata. ejus V... Nummo* en latín, lo mismo que *dinero* en castellano, tanto significa moneda en general como la de clase inferior así especialmente llamada; los de plata valían una dracma ó diez cuartos, los de oro cerca de treinta reales. Por lo demás me abstendré, por no ser de este lugar, de alargarme en explicaciones acerca del tributo y de los juegos y de los vasos de luces y demás puntos indicados en esta importante lápida relativamente al estado de la cultura romana en la federada Ebuso.

les: de dos consta la existencia (a); de otras hay noticia, transcritas hará cerca de cuatro siglos por un viajero italiano (b). Pérdida harto más deplorable sufrió Ibiza con la de su única inscripción propiamente histórica, como de soberano y de fecha determinada, del año 282 y del malogrado emperador Caro, cuyos epítetos de *piadoso, feliz é invicto* no eran esta vez por excepción lisonjas del *Orden Ebusitano*, atendidas las esperanzas que ofrecía su glorioso imperio de diez y seis meses (c).

Que las Pitiusas siguieron la suerte de las Baleares, cayendo en poder de los vándalos por el mismo año probablemente de 426, y gimiendo más de una centuria bajo el yugo del arrianismo, pruébalo la presentación de Opilio obispo ebusitano, llamado en 484 ante el bárbaro rey Hunnerico juntamente con los de Mallorca y Menorca, sufragáneos entonces todos de la metrópoli de Cerdeña. Ignórase de qué tiempo data el origen de la expresada sede al igual del de las vecinas insulares; consta empero, que después de pasar unas y otras islas al señorío imperial de Bizancio merced á la victoriosa espada de Belisario, tenía Opilio por sucesor en Ebuso determinadamente, con un siglo de intervalo á fines del VI, á Vicente, cuyo nombre y supersticioso carácter ha transmitido á la posteridad una epístola

(a) Lápida pequeña, dice Hübner, detrás de la pared de la noria del vicecónsul francés: *L. Sempronio Apollonio medico L. Sempronius Philoxenus patri pio f.* A los mismos parece referirse otra copiada por el sabio alemán de una antigua colección epigráfica de cierto Jucundo en estos breves términos: *Apollonio patri Apollonius filius.*—En la misma colección figura la siguiente: *M. Valerio L. f. Pudenti P. Valer. Modest. filio piissimo.*

(b) No las publicó Hübner en su grande obra, sino en la carta que remitió posteriormente en 1888 á la Academia de la Historia, cuyo boletín la insertó en su cuaderno de Diciembre:

D. M.—Cor. Vernaculæ vix. ann. XVIII m. VIII
D. M.—M. Publi. Publilius Placidus ann. V, XII
L. Ticio Ingenuo marito Lellie merit.

Las dos primeras, según el antiguo códice de donde son tomadas, existían en el huerto de Damián de Castilla, la última en el de Antonio Ramón.

(c) Sábese que estaba delante de la iglesia en una columna, y mandóla quitar en 1614 el obispo de Jaca Estelrich yendo allí de visitador. Por fortuna se conservó exacta copia: *Imp. Caes. M. Aurelio Caro pio fel. invicto aug. pont. max. trib. pot. p. p. cos. II procos. Ordo Ebusii D. N. M. E.*